

lazos de familia ni las mismas relaciones comerciales; los riesgos tampoco serían los mismos, pues Inglaterra sólo aventuraba unos cuantos barcos al paso que Francia habría de llevar todo el peso de una gran guerra continental, y no era posible turbar la paz general por cuarenta ó cincuenta mil almas que podían perderse ó ganarse en el Sleswig (1). Mientras Inglaterra se inclinaba á tratar con miramientos á Prusia, como á una antigua aliada, Napoleón la acariciaba como á una amiga nueva á quien se podría explotar; el gobierno de Berlín, que se había hecho cargo de esta tendencia, procuraba fomentarla y Bismarck no cesaba de alabar la sabiduría y la moderación prudente de nuestro emperador.

Ideas tan distintas engendraban consejos discordantes. Habiendo propuesto lord Russell, en 28 de abril, señalar como límite de los Estados daneses la línea del Sleib, el ministro de Dinamarca en París, Sr. de Moltke-Hwitfeld, corrió á las Tullerías y suplicó al emperador que apoyara aquella combinación; pero el soberano, protestando de su buena voluntad personal para con Dinamarca, le contestó que no arriesgaría la paz de su país. Y después de haberle manifestado que Inglaterra nada haría, cogió un mapa del Sleswig y, marcando en él un trazado que apenas difería del que proponía Prusia, añadió: «Resignaos con esta línea de demarcación, pues de lo contrario os lo quitarán todo.» Al Sr. de Moltke-Hwitfeld no le quedó más recurso que partir para Londres, exponer allí á los representantes daneses las miras contradictorias de ambas cortes y aconsejar en Copenhague la sumisión (2). Las dos potencias diferían en sus fórmulas tanto como en sus pensamientos; pues mientras los ingleses querían limitar la conquista y buscar, ajustándose á la naturaleza de los lugares ó á las relaciones comerciales, una frontera buena y sólida, los franceses se concretaban á hacer algunas vagas declaraciones insistiendo en la mala distribución de los grupos daneses y alemanes y en la urgencia de proceder á una consulta nacional. De cuando en cuando, en el curso de las conferencias, el príncipe de la Tour d'Auvergne repetía, cual si obedeciera á una consigna, algunas de estas máximas, y luego, como obedeciendo á una consigna también, volvía á quedarse silencioso. Prusia se guardaba bien de contradecirle y en caso de necesidad hasta le apoyaba. ¡Qué suerte para Bismarck que ingleses y franceses usaran tan distinto lenguaje! Mientras los primeros hablaban de trazado positivo y los segundos de nacionalidad, ¡cuán fácil había de serle abrirse camino entre la geografía de los unos y la etnografía de los otros! Por muy descorazonadora que fuese esta situación, los dinamarqueses no renunciaban todavía á defender la causa de su país, é iban de los franceses á los ingleses buscando en ambos ayuda y consuelo. Si el asunto no hubiese sido tan triste, ¡qué narración tan chistosa habrían podido hacer! Aquellos supuestos aliados se achacaban mutuamente las responsabilidades y decían más mal el uno del otro que de ninguno de los beligerantes. A veces, sin embargo, el lenguaje empleado en París parecía más belicoso; pero siempre había en él una maliciosa salvedad que nunca

(1) Véanse *Documents diplomatiques*, 1864, págs. 21-24.

(2) Hansen, *Quinze ans à l'étranger, les coulisses de la diplomatie*, pág. 22.

dejaba de formularse: «Por nada del mundo intervinamos, decía el Sr. Drouyn de Lhuys, si Inglaterra no envía una división al continente.» En uno de los últimos días de la conferencia, decía el Sr. Rouher: «Si intervinimos, nos preocuparemos más de Venecia ó del Rhin que de Dinamarca;» ante tal afirmación los hombres de Estado británicos guardaban silencio, y Francia, fundándose en que Inglaterra no quería comprometerse fundamentalmente, se afirmaba en la resolución de no comprometerse poco ni mucho.

Dadas estas disensiones, ¿de qué había de servir la conferencia?, ¿no estaba ésta acaso de antemano condenada? El 25 de junio celebraron los plenipotenciarios su última reunión; el armisticio, prorrogado por quince días, tocaba á su fin; veinticuatro horas más, y los aliados, libres de todo temor, podrían reducir á discreción lo que quedaba de Dinamarca. Antes de separarse, tuvo cada plenipotenciario empeño en justificarse, resultando de esas declaraciones que todos tenían la conciencia muy limpia, en particular los alemanes. El representante del Austria denunció, con acento de la mayor desaprobación, «la insoportable terquedad de Dinamarca;» el mismo reproche, dicho con igual buena fe, había de serle dirigido en día no lejano á su propio país.

Los soberanos de Austria y de Prusia hallábanse juntos en Carlsbad con sus ministros y sus cortes cuando supieron que se había disuelto la conferencia; y el mismo día en que se recibió esta noticia, Bismarck dijo al duque de Gramont, con quien se encontró casualmente: «Gracias al talento de vuestro soberano la guerra está localizada. Vamos á terminarla muy de prisa, porque necesitamos los ducados y los tendremos... Conseguido esto, añadió como si ya vislumbrara otro enemigo, podéis estar seguro que dejaremos completamente tranquilo al rey de Dinamarca (3).»

#### IV

En los días siguientes la cuestión danesa quedó definitivamente enterrada. En Londres los funerales fueron solemnísimos, pues durante una semana, ora en la Cámara de los pares, ora en la de los comunes, la oposición expuso con gran elocuencia lo que los ministros habrían debido hacer y no hicieron: «Hemos amenazado al Austria, decía el Sr. Disraeli, y el Austria ha hecho tanto caso de nosotros como del soplo del viento; hemos amenazado á Prusia y Prusia nos ha provocado; hemos censurado á la Dieta y la Dieta nos ha tratado con desprecio.» Los consejeros de la reina, lord Palmerston y lord Russell, sin inmutarse gran cosa ante aquel desbordamiento de ataques, se asociaron á todos los testimonios de simpatía dedicados á Dinamarca, de manera que, por ambas partes, la oración fúnebre fué completa (4).

En París el sacrificio se consumó sin frases, hasta con cierta brutalidad, y se puso empeño en no engañar á aquellos á quienes decididamente no se socorrería. El día 6 de julio, el representante de Dinamarca, señor de Moltke-Hwitfeld, fué al ministerio de Negocios ex-

(3) Correspondencia inédita.

(4) Véase *Parliamentary Debates, Third series*, tomo CLXXVI, págs. 709 y siguientes.

tranjeros, y fué como vencido, pero como vencido que aún se obstina en esperar; allí encontró al Sr. Drouyn de Lhuys que le habló muy claramente y le expuso su convencimiento de «que el Sleswig estaba del todo perdido para Dinamarca.» «Mis palabras han sido inútiles, escribía tristemente el Sr. de Moltke dando cuenta de la entrevista, y no conservo ninguna ilusión.» En una nueva entrevista el diplomático danés volvió á insistir: «¿Sería posible, preguntó tímidamente y recurriendo á toda clase de circunloquios, solicitar el arbitraje del emperador ó conseguir que tome la iniciativa de una petición de armisticio?—El emperador no hará nada de esto, respondióle inmediatamente el Sr. Drouyn de Lhuys, pues no querrá asumir ninguna responsabilidad; y sobre todo, añadió el ministro (y aquí encontramos el recuerdo irritante de las cuestiones de Polonia), no querrá exponerse á una negativa molesta... En vuestra situación, continuó diciendo, toda resistencia prolongada sería locura; dejad, pues, á un lado el amor propio y dirigíos directamente á Berlín ó á Viena. Nosotros apoyaremos vuestra demanda, pero no haremos nada más (1).»

La diplomacia aconsejaba al desgraciado Cristián IX que entrara en negociaciones y lo propio le decía el estado de su ejército. El armisticio había expirado el 26 de junio, y en la noche del 28 al 29 los prusianos habían desembarcado en la isla de Alsen, arrojando de ella á sus adversarios después de varios reñidos combates. En los días siguientes regresaron al continente y avanzaron hasta las fronteras de Jutlandia, llegando el 13 de julio á Skagen; y el 14 no quedaba un solo soldado danés en tierra firme: Cristián IX había perdido todos sus Estados, excepción hecha de las dos islas de Fionia y Seelandia.

Entonces, sólo entonces, el rey, desesperando de su suerte y de Europa, solicitó de sus enemigos la paz. El 18 de julio pactóse un armisticio é inmediatamente comenzaron las negociaciones, si es que el nombre de negociaciones merece lo que no fué más que la consagración de la conquista. El día 1.º de agosto se firmaron los preliminares: Cristián IX cedía á Prusia y á Austria, de una manera indivisa, el Luxemburgo, el Holstein y todo el Sleswig y se obligaba á no intervenir para nada en los destinos futuros de los territorios abandonados. Los daneses se sometieron, aunque temblando de ira. Los más desolados fueron los sleswiguenses del Norte, muy adictos á su dinastía y á sus instituciones nacionales, quienes, animados de una fe robusta, probaron de obtener por sus propias fuerzas lo que no había podido asegurarles la diplomacia, á cual efecto, enviaron á París una diputación compuesta, según se asegura, de un médico, de un fundidor de hierro, de un cervecero y de dos propietarios. Los delegados fueron recibidos por el Sr. Drouyn de Lhuys, quien les expresó sus simpatías, «sus simpatías profundas;» les dijo que tal vez el porvenir les reservaba bienandanzas, y, como si estas vulgaridades hubiesen podido ser comprometedoras, recomendó con gran encarecimiento á los periódicos que nada dijese de la entrevista. Los emisarios, infatigables en sus gestiones, concibieron la

(1) Despachos del conde de Moltke-Hwitfeld al obispo Monrad, de 7 y 12 de julio de 1864 (*Documentos comunicados al Rigsraad*, 1864).

idea de defender ante sus enemigos la causa que habían perdido ante sus protectores. Un agente danés fué á avistarse con Bismarck, que se encontraba en Biarritz; el ministro prusiano le recibió y se quejó de la actitud de Dinamarca durante las conferencias de Londres; supuso que habría aceptado la línea del Sleib, cosa poco verosímil, y añadió, con mayor sinceridad, que prefería una conquista parcial, pero en favor de Prusia, á una absorción total que sólo aprovecharía á Augustemburgo. «Respecto de los derechos de este pretendiente, dijo, tengo mis dudas.» Y en otra entrevista, que se realizó más adelante, dejó entender que si Prusia obtenía los ducados, podría ceder la parte septentrional de los mismos; pero (y este rasgo acaba de pintarle) que no lo haría «sin obtener una compensación (2).»

Durante estas idas y venidas seguíanse en Viena negociaciones para transformar en tratado definitivo los preliminares de 1.º de agosto. Los embajadores de Inglaterra y de Francia hicieron para conseguir este resultado vanos esfuerzos, y el encargado de Negocios formuló algunas advertencias que también fueron inútiles. A todo esto, lord Clarendon, que se dirigía á Venecia, pasó por Viena, lo cual hizo suponer que iba allí para defender *in extremis* la causa de los vencidos; pero el político inglés declaró á cuantos le interrogaron que su viaje para nada se relacionaba con la política y que no tenía otro objeto que sus asuntos particulares. El día 30 de octubre firmóse el tratado definitivo entre Dinamarca, por una parte, y Prusia y Austria por otra, sin consultar á la Confederación germánica, que estaba ya relegada á segundo término. Aquel tratado reproducía las duras condiciones de los pactos preliminares, y los dinamarqueses bajaron la cabeza ante aquel golpe de la adversidad, quedándoles, en medio de aquella disminución de su poder, el consuelo de que á lo menos en su pequeño reino estarían en su propia casa y ya no tendrían constantemente delante de sus ojos la pesadilla de la Dieta de Francfort, de las ejecuciones federales, de los textos oscuros que interpretar y de los distritos mixtos á quienes satisfacer; y después de todas las angustias de los últimos años, este aspecto simplificado de las cosas, esta perspectiva de descanso, templaba un tanto el pesar que sentían por todo lo perdido.

#### V

He narrado detalladamente esta cuestión de Dinamarca no por consideración al asunto en sí, sino porque encierra el germen de todas las perturbaciones futuras. Los vencidos, relegados en lo sucesivo al territorio escandinavo, recobraron el reposo sin más protesta que una débil queja contra los que les habían abandonado; su venganza había de ser la perturbación que su desgracia causaría en Europa, y desde las playas de la Jutlandia, desde el litoral de sus islas, habían de ver repetirse en el centro de Europa toda la política que contra ellos se había ensayado. En lo porvenir será un motivo inmenso de disgusto que Napoleón, tan solícito en malgastar por todas partes sus consejos, su influencia y sus armas, se contentara con echar una mirada

(2) Hansen, *Quinze ans à l'étranger, les coulisses de la diplomatie*, págs. 35 y siguientes.

melancólica y fríamente simpática sobre el lugar de la tierra en donde el derecho se veía más cruelmente violado. Inglaterra faltó á Francia; ésta faltó á aquélla y ambas faltaron á Europa. La intervención habría sido prematura antes de fines de 1863, cuando por versar principalmente el litigio sobre el Holstein, podía la contienda parecer puramente germánica; tal vez habría sido tardía ó peligrosa al final de la conferencia de Londres, porque entonces las tres potencias del Norte tendían á unir fuertemente su acción: en efecto, Rusia se había desembarazado de la cuestión polaca, Austria estaba demasiado comprometida para volverse atrás, Prusia sentíase demasiado orgullosa para detenerse y Dinamarca se hallaba demasiado abatida para aportar alguna fuerza á sus aliados. Además la opinión pública, viendo sólo el objeto material del debate, no se habría explicado que la posesión de una faja de tierra sleswiguense fuera causa bastante para comprometer la paz general. Pero entre una y otra época hubo un momento decisivo y fué aquel en que los agresores pasaron el Eider, ese antiguo límite de la Germania, ó aún mejor cuando se diseminaron por la Jutlandia, esa antigua tierra danesa. Aquel día el abuso de la fuerza apareció tan claro, que la modestia de los intereses en litigio desaparecía absorbida por la magnitud de la injusticia. En medio de todas las sutilezas germánicas, ¿qué no habría podido conseguir en aquel instante una palabra moderada, breve, clara, que no descendiera á discutir el derecho, sino que se limitara á proclamarlo? En aquel período del conflicto, Prusia no había desarrollado aún todo su armamento, y el Austria, mal acomodada con su papel, balbuceaba excusas, habiendo sido preciso enviar á Viena al Sr. de Manteuffel para calmar sus escrúpulos, proporcionarle argumentos y evitar que se apartara de la alianza. Por otra parte, Rusia había de contar todavía con los restos de la insurrección polaca; Dinamarca no había agotado aún sus recursos y Suecia estaba dispuesta á socorrerla, á condición de que alguien la apoyara. Dada esta distribución de fuerzas, ¿cómo habían de ser impotentes para imponer su arbitraje la Francia y la Inglaterra sólidamente unidas? Dinamarca habría sido salvada y, lo que es más importante, habríase restablecido de tal modo el derecho que en mucho tiempo no hubieran podido atentar contra él los ambiciosos, y asegurando para el presente la vida á los débiles se habría garantizado para el porvenir la seguridad de los fuertes. Pero Dios no concedió á nuestro soberano esta previsión, antes al contrario, condensó delante de sus ojos todas las imágenes que oscurecían su vista. El nombre de Dinamarca era modesto y Napoleón gustaba de las cosas retumbantes; él, que había pecado por exceso de

palabras en la cuestión polaca, pecó por exceso de reserva en la cuestión dinamarquesa; y después de haber acometido en Europa y fuera de Europa toda clase de tareas inútiles, sentíase mal apoyado, aun para las empresas necesarias, por la opinión pública que había llegado á desconfiar de su sabiduría. Una idea fatal le dominaba, la de asociarse con aquellos á quienes habría convenido dominar, y guiado por este criterio, adoptó primeramente una especie de imparcialidad afectada, como si fuera en busca del derecho, y luego, en la Conferencia de Londres, contentóse con hacer balbucear por su embajador algún proyecto de consulta nacional. Los invasores no le escatimaron las gracias, y así el señor de Gramont, cuando fué á Carlsbad, en donde se habían juntado el rey de Prusia y el emperador de Austria, vióse acogido con grandes muestras de cariño y simpatía: «No debo pasar en silencio, escribía en 3 de julio de 1864 nuestro embajador, las protestas de gratitud que ha merecido la política seguida por el emperador en la cuestión danesa;» «Sus Majestades me han demostrado, juntas y separadamente, su gratitud (1).» Estos halagos tienen algo de lastimoso. A fines de 1864 Europa aparece tranquila todavía, pero desorientada; impera la paz, pero una paz inestable que nada de común tiene con el orden. Sólo un hombre triunfa, Bismarck, el cual ha puesto la mano sobre el corazón de Francia y ha contado sus latidos cada vez más lentos; ha medido la inercia de Inglaterra, tan murmuradora como inactiva; tiene sujeta á Rusia por los recuerdos de Polonia; arrastra en pos de sí á la pobre Austria, inicuamente, pero con escrúpulos y que perpetuamente empieza actos de contrición que no acaba; tiene absolutamente dominada á la Dieta, y poniéndose, en aquel entonces, en lugar de la Confederación en el Holstein, ocupa Rendsburgo, como más adelante ocupará Hannóver, Cassel ó Francfort. Merced á una artificiosa coposición, ha creado en los ducados del Elba un territorio litigioso, de donde surgirá la guerra cuando él quiera; y aunque todavía no ha hecho nada grande, lo ha preparado todo: «Una vez dueños de los ducados, decía, dejaremos completamente tranquila á Dinamarca.» En efecto, ¿qué le importa Cristián IX? Dinamarca no ha sido para él más que un campo de experiencias. Desde ahora puede mucho; que se le presente un aliado, y de no sobrevenir un vigoroso despertar del derecho, lo podrá todo. En aquel momento es cuando se acuerda de la patria de Cavour; entonces el «Piamonte del Norte,» como Rechberg llamaba á Prusia, tiende la mano al Piamonte del Mediodía.

(1) Correspondencia inédita.

## LIBRO VIGÉSIMONONO

## EL CONFLICTO AUSTRO-PRUSIANO

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Bismarck y el duque de Augustemburgo.—Cuáles son las miras inmediatas y los planes remotos del canciller prusiano.—Cómo se altera la alianza austro-prusiana: qué causas difieren entre las dos potencias alemanas el conflicto que, desde luego, parece casi inevitable.—Cómo Bismarck se inclina á Italia y á Francia.
- II.—*Prusia é Italia*: con qué reservas debe escucharse la máxima de que la unidad alemana salió de la unidad italiana.—Recelos de Prusia contra el nuevo reino de Italia, causas de esos celos: cómo Italia se vuelve desconfiada á su vez.—Bismarck primer ministro: señales contradictorias de buena voluntad y de desvío.—La Convención de 15 de septiembre de 1864: cómo los italianos, temporalmente distraídos de Roma, ponen toda su atención en Venecia y buscan de nuevo la alianza prusiana.—Nuevos síntomas contradictorios.—Cómo la tirantez creciente de las relaciones con Austria inclina al fin la Prusia hacia la alianza italiana: entrevista del Sr. de Usedom con el general La Marmorata durante el verano de 1865.
- III.—*Prusia y el Imperio francés*: qué motivos inclinan á Napoleón hacia Prusia.—Numerosos testimonios de su buena voluntad.—Cómo Bismarck procura, por su parte, captarse las simpatías de Francia: de qué manera cultiva cada vez más la amistad francesa á medida que se desenvuelven sus proyectos: curiosa entrevista del canciller prusiano con el duque de Gramont (25 de agosto de 1864): el general Roon en Francia.—El Sr. de Goltz: de qué manera y por qué medio empieza á afirmarse su influencia cerca del emperador: cómo piensa, desde principios de 1865, en una alianza con Francia, y cómo acoge Bismarck ese proyecto.
- IV.—Mala inteligencia creciente entre Prusia y Austria.—Pretensiones prusianas y singular despacho de Bismarck (22 de enero de 1865).—Moción de la Dieta (6 de abril de 1865).—Los síndicos de la corona y su decisión.—Cómo el desacuerdo se halla á punto de degenerar en conflicto.—Convención de Gastein (14 de agosto de 1865): cuán precaria es esa reconciliación.
- V.—Bismarck en Biarritz: en qué la entrevista de Biarritz difiere de la entrevista de Plombières.—Conferencias con Napoleón.—Enseñanzas que saca Bismarck de sus conversaciones con el emperador.
- VI.—*Prusia é Italia*: negociaciones intentadas en Viena por el gabinete de Florencia.—Sugestiones de Bismarck.—Perplejidades en Florencia.—Qué consideraciones determinarán á Italia á alejarse ó á aproximarse á Prusia.
- VII.—De cómo el año de 1866 es el año de la ruptura: el Sleswig-Holstein: graves notas cambiadas entre Berlín y Viena.—Rumores de guerra: acción de Bismarck en la corte y cerca del rey.—La Cámara de los diputados es prorrogada.—Gran consejo celebrado el 28 de febrero de 1866.
- VIII.—*Alianza de Prusia é Italia*.—El emperador Napoleón y el Sr. Nigra: proyecto de negociaciones en Berlín y en Viena.—Misión del general Gavone en Berlín.—Su primera entrevista con Bismarck.—Cómo se desvanece la esperanza de un arreglo con Austria.—Negociaciones continuadas en Berlín: Bismarck y Gavone: mutuas desconfianzas.—Qué consejo da Napoleón.—Firma del tratado (8 de abril de 1866).
- IX.—Cómo todo conduce á la guerra.—Los tres pretextos del conflicto; Sleswig-Holstein: reforma federal: armamentos austriacos.—Cómo, después de una breve esperanza de apaciguamiento, el horizonte se oscurece del todo.
- X.—El emperador Napoleón y Prusia: cómo todos los pensamientos convergen hacia Napoleón: primeras conferencias sobre las compensaciones: bajo qué aspecto disimula Bismarck sus designios: desorden y confusión de la política imperial.
- XI.—La opinión pública en Francia: el Cuerpo legislativo: sesión del 3 de mayo de 1866: declaraciones de Rouher: memorable discurso de Thiers, y manifestación que promueve este discurso.
- XII.—El discurso de Auxerre; cómo es interpretado.—Nuevo proyecto de cesión de Venecia.—Cambio de mensajes entre Berlín y Viena.—Proyecto de Congreso: cómo fracasa.
- XIII.—Últimos preparativos y últimas negociaciones antes de la guerra.—Napoleón III: manifiesto de 12 de junio: su solicitud en pro de Venecia.—Confusión general en Alemania.—Rómpanse las hostilidades.

## I

En 1.º de junio de 1864, el duque Federico de Augustemburgo llegó contento á Berlín. Tres días antes, en la Conferencia de Londres, el plenipotenciario de Austria había proclamado sus derechos sobre los ducados, y el representante de Prusia, lejos de rechazar la candidatura, había parecido adoptarla. El príncipe apresuróse á ir á dar las gracias á Bismarck, á quien hasta entonces había tenido por enemigo, indudablemente sin razón. El primer ministro lo recibió muy bien, confirmó con suma benevolencia las intenciones generosas de su corte y enumeró, sin asomo de ironía, las cargas

de la donación que su monarca estaba dispuesto á ratificar. Atento observador de todo, el presidente del consejo se había persuadido de que el nuevo Estado, situado al extremo septentrional de Alemania y mal provisto de límites naturales, estaría expuesto á muchas desgracias si no se apoyaba en un aliado poderoso, en un aliado íntimo, que fuese protector y amigo al mismo tiempo. Vecina del Sleswig-Holstein, Prusia parecía llamada, por una providencial vocación, á desempeñar una misión tutelar. Seguramente el duque sería proclamado soberano. Pero, á fin de evitarle todo peligro, el rey Guillermo se encargaría de reclutar y organizar sus fuerzas militares y se tomaría además el trabajo de man-